

EN TERRENO APACHE

POR AGUSTIN EGURROLA

A MODO DE INTRODUCCION

Cada cual tiene de las cosas una visión, una idea formada por la asociación de cuanto ha visto, estudiado, leído, simplemente oído... acerca de las mismas.

Al mentar la palabra «Oeste» (se sobreentiende que nos referimos al de los Estados Unidos), ¿qué imágenes se iluminan en su mente, amigo lector?

Todos sabemos, por supuesto, que allí vive la gente poco más o menos como en el resto de los Estados que componen la extensa y floreciente patria del «Tío Sam»: con sus automóviles y televisores, con sus granjas y universidades, con sus ventas a plazos y sus estrecheces económicas (sí, también con apuros tal vez más que nosotros— dentro de su extraordinario nivel de vida, claro); con sus pruebas de ingenios atómicos, con sus indios en las reservas, con sus pastores vascos...

Pero vamos a dejar este aspecto real y actual de la comarca en cuestión. Quién más, quién menos, tenemos de las diversas partes del mundo una idea, una imagen que podríamos llamar «romántica». Y, por diversas circunstancias —debido al Cine y a las novelas (verdaderas chapuzas la mayor parte); debido a esos medios de información (cuando no de deformación) principalmente, es del «Oeste heroico» la parte de nuestro mundo histórico moderno del que tiene la gente más referencias.

Ya dentro de esa línea, sabemos que se trata de una extensa zona comprendida entre las Montañas Rocosas y la cordillera del litoral Pacífico, en los Estados de California, Oregón y Washington. De clima continental, suelo generalmente árido, en algunas partes desértico. Con el Gran Lago Salado y el famoso Gran Cañón del Colorado —con sus 320 kms. de longitud, de 8 a 24 kms. de anchura y sus 1800 metros de profundidad— como detalles topográficos más importantes.

En el aspecto humano se anotarían los nombres de exploradores españoles que recorrieron aquellos agrestes parajes ya en el siglo XVI (Nuño de Guzmán, Francisco Vázquez Coronado y otros) que, como meta principal, llevaban la intención de localizar la fabulosa región de Cibola, donde se creía que existían siete ciudades muy importantes que encerraban inmensos tesoros..., y que luego resultaron ser siete aldeas miserables. Juan de Oñate, que fundó el reino de Nuevo Méjico, etc., etc.

Apuntaremos también —y cómo no, tratándose del «Oeste»!— las celebradas novelas del mejor, tal vez, de los escritores que han descrito aquella tierra legendaria: Zane Grey. En sus obras («El Caballo Salvaje», «Código del Oeste», «El Espíritu de la Frontera», etc.) vemos desfilar a bandidos, apaches, vaqueros, mormones, cuatreros, pastores, aventureros de toda procedencia que llegaron como un aluvión a aquellos Estados al descubrirse yacimientos de minerales, por los auríferos principalmente...

Y, sobre todo, describe con especial delectación el paisaje, las peñas, los susurros del viento, las noches estrelladas de los desiertos, cañadas, altiplanicies... donde sitúa la acción de sus personajes, que reflejan la vida recia y agitada de aquel tiempo que vio la conquista y el asentamiento de los europeos en el salvaje y grandioso «Oeste».

No pasaremos por alto las casi siempre espectaculares películas «Western». El veterano director Jhon Ford, Delmar Daves y otros muchos han lanzado docenas de «films» que, más o menos, todos hemos visto. La gallarda figura de los Henry Fonda, Gary Cooper, Jhon Wayne, Gregory Peck... montados en briosos alazanes y encabezando (el «chico bueno» hace casi siempre de capitán) la polvorienta fila de soldados de casaca azul y pantalón de franjas en los costados...; como protegiéndola de los ataques de los indios navajos, cuyos humos de señales se ven allá a lo lejos, a la lenta caravana le pioneros, en la que ¡naturalmente! no falta la beldad que origina serias discordias...

Pues bien; en adelante, al contemplar en las películas aquellos imponentes farallones, no podré evitar el «ver» —yuxtaponiendo dos épocas— cómo unos audaces escaladores trepan los, al parecer inalcanzables, nidos de águilas

Ha sido en el número correspondiente a Noviembre de 1962 de la prestigiosa revista norteamericana «National Geography» donde se ha publicado —ilustrada por extraordinarias fotografías —de Barry C. Bishop— en color, la escalada cuyo relato —de Hutley Ingalls— he considerado interesante traducir y publicar.

NOSOTROS ESCALAMOS LA PEÑA—RASCACIELOS DE UTAH

Los escaladores gustan de repetir la famosa razón de George Leigh-Mallory, por intentar la ascensión al Everest: «porque está allí».

En el surrealista paisaje lunar del alto desierto Sudoccidental, escalamos torres de erosionada piedra arenisca, pues, rápidamente gastadas por la fuerza del viento y el agua, no se mantendrán erguidas por mucho tiempo.

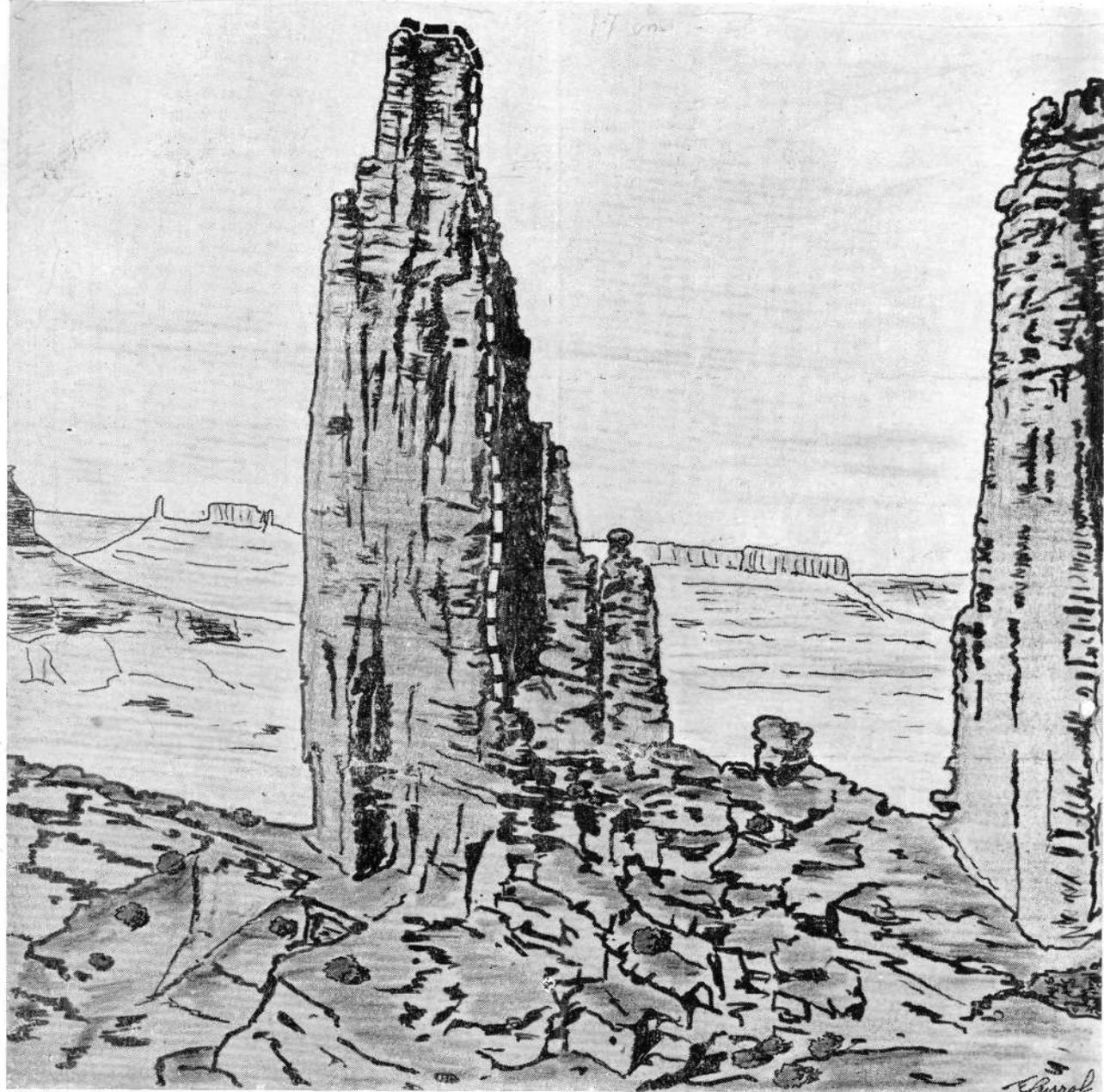
Cuando vi por primera vez las Fisher Towers (Torres del Pescador) de Utah, pensé en escalarlas; pero deseché inmediatamente la idea, como un sueño imposible: nadie las había conquistado; nadie lo había intentado. Una docena de torres se elevan con fantástica majestad sobre la altiplanicie del Colorado, a 17 millas al Nordeste de Moab. La más alta, Titán, alcanza los 900 pies (275 metros), unos 345 pies (94 metros) más alta que el monumento Washington, y casi tan escarpada como aquel.

EL EQUIPO ACEPTA EL RETO DEL TITAN

En las Fisher Towers, así llamadas por un pionero, la Naturaleza ha creado una ciudad rojo y naranja en un gótico de pesadilla. En pocos lugares del Suroeste se pueden hallar más bizarras obras maestras de la erosión.

No solamente presentaban una escarpadura de espanto, sino que parecían estar compuestas de roca blanda y podrida que podría romperse, deshacerse bajo la presión de una clavija.

Sin embargo, en una segunda visita hice un descubrimiento esperanza-



Por la superficie en efecto, estaba podrida, descompuesta y a veces cubierta por barro seco; pero debajo del barro y de la capa descompuesta había, roca sólida.

Entonces sentí la seguridad de que las Fisher Towers «podían» ser escaladas. Decidí intentarlo en el campeón: el Titán. Para mi equipo enrolé en primer lugar a Layton Kor, de Boulder (Colorado), un albañil de 1'93 m. de altura, que está considerado como uno de los más expertos de la comarca, para escalada en roca. Juntos hicimos recientemente la primera ascensión al Castle Rock, un hermoso pico angular de 122 m. a unas seis millas al Sudoeste de las Fisher Towers, en un cerro que domina Castle Valley (Valle del Castillo).

Un tercer escalador fortalecía la partida, ofreciendo más amplio margen de seguridad. Escogimos a George Hutley, un joven con mucha experiencia tanto en monte como en roca, profesor de la Universidad de Colorado.

El reconocimiento del Titán para ver una posible ruta, fue somero. Sólo en la sección inferior de la cara Norte podíamos atisbar grietas que nos permitieran el uso de pitones de seguridad. Para la mayor parte de la escalada parecía que nos veríamos obligados a colocar hileras de clavijas de expansión: una tarea lenta y laboriosa.

El lado Norte ofrecía la ruta más corta, pero había panzas salientes que rompían la verticalidad de sus costados. El lomo más elevado de esa parte se encuentra justamente encima de una aguja prominente, parte de la base principal; a la que bautizamos con el nombre de «Dedo de la Suerte».

Desde el lomo hasta la cima debería haber una «exposición» (eufemismo empleado por los escaladores para referirse al vacío entre uno y la tierra) verdaderamente aterradora.

Mirando fijamente a la Torre, Kor se golpeó la cabeza con desaliento. Desconfiaba de la estabilidad de la roca y estaba particularmente preocupado por una capa de rocas que formaban un amenazador saliente por toda la periferia de la cumbre del Titán. «Aun en el supuesto de que llegásemos hasta allí —dijo— ese resalte podría acabar con nosotros. Me temo que no vale la pena intentar esta escalada.»

—Pero, piensa un poco —le dije—. El Titán no ha sido escalado nunca. Si nosotros no lo hacemos, es muy posible que lo intente algún otro»...

Fue suficiente.

—«O. K.», dijo. «Probaré una vez».

MANOS A LA OBRA

El desierto estaba brillante, con sus flores primaverales, cuando dejamos nuestro automóvil cerca del río Colorado y tomamos la senda que lleva hacia el Titán. Jean, esposa de Hurley, vino a echarnos una mano llevando y preparando el equipo.

La senda elegida toma derecho hacia una estribación de pulidas y redondeadas panzas rocosas. Kor empezó a ser el serio escalador puntero: meter un pitón, enganchar en éste una pequeña escalera de tres peldaños, llamada estribo; subir sobre el estribo y repetir la operación. Hurley, asegurado en un pitón, dando cuerda a medida que su compañero progresaba en la ascensión, y utilizando su cuerpo cual un ancla para sujetar a Kor, en caso de una caída de éste.

El espacio era limitado en el estribo, así que me fui con Jean Hurley a hacer unas fotografías. La roca estaba mejor de lo que esperábamos, y los dos hombres hicieron una excelente ascensión toda la mañana. Un resalte descompuesto, de unos 3 m. les causó preocupaciones; pero pronto fue superado.

Al principio de la tarde la escalada se hizo más dura y los progresos más lentos. Sin embargo, para general sorpresa, aún pudimos hallar grietas y buena roca bajo la capa de barro seco. Hacia media tarde, los dos escaladores, cansados, descendieron, dejando las cuerdas colgadas en la Torre.

A la mañana siguiente, Kor y yo volvimos a subir.

Cuando alcanzamos el punto más elevado del primer día, Kor preparó un ancla (dos clavijas y un par de estribos) en la desnuda pared. Después, enviando para arriba nuestros sacos de dormir por medio de una cuerda auxiliar, me reuní con él. Entonces empezamos la parte seria de la escalada. Con un pie en cada estribo, colgado de los pitones, me sentía como un cuadro pendiendo en la pared.

EL BARRO OCULTA LAS RENDIJAS

Desde aquí hasta la base del «Dedo de la Suerte» la roca se presentó más traidora. Una capa de barro cubría los apoyos. En algunas partes se presentaba formando capas. En ocasiones, Kor tenía que probar la costra de barro con un pitón largo, o excavar con el martillo para encontrar una grieta; regándome, duchándome con el barro y fragmentos de roca. Otras veces tenía que introducir un pitón largo en el barro y probar cuidadosamente su peso sobre él.

Después de pasadas dos horas en esta operación ya estaba casi sofocado por el polvo, acalambreado y desollado por las cuerdas de los estribos. Kor subió encima del apoyo donde talló un pequeño rellano, en la base del «Dedo de la Suerte». Aquí talló un trozo de roca descompuesta y colocó dos pitones de anclaje.

Le envié para arriba los bultos y subí, abandonando mi incómoda postura, para iniciar el aburrido trabajo de recuperar los pitones. Además de que los necesitaríamos más arriba, cuestan 2 dólares cada uno.

Ahora nos enfrentábamos con el problema de ir alrededor del «Dedo de la Suerte». Este sobresalía por todos los lados de nuestra ruta. Parecía que nuestra mejor salida era hacer un paso horizontal bajo su lado Oeste, para luego intentar subir por una chimenea de estrecha fisura, para alcanzar el borde que va a la cima.

Un borde descompuesto y cortado por debajo, va rodeando un ángulo debajo de un resalte. Kor se colgó con una mano en un estribo y, lentamente, subió encima del resalte. Ahora se encontraba bajo una pared lisa y extraplomada. Bajo sus botas, a plomada, los escalones de las primeras rampas, allá abajo... Se puso a colocar una clavija:

—«Asegúrame», dijo. «Esta clavija no va bien, pero no puedo hacer otra cosa».

—Ya te tengo.

—«Afloja», me dijo, y solté un poco de cuerda para que pudiera avanzar. Aunque podía oírle, estaba fuera de mi vista.

—«Sujétame aquí».

Colocó una clavija.

—«Tampoco esta es buena, pero tengo que probarla. Asegúrame ahora, pues si cede saldré volando».

—«¡Afloja!», gritó; y cedí cuerda. Laceró hacia un punto bajo la chimenea y colocó una tercera clavija. Esta era buena. Colocó un estribo y subió por él.

—«Tensión»

Tiré de la cuerda y la aguanté fuertemente. Esto le permitió asentarse sobre los estribos, libertando las manos.

—«Veo una fisurita. Creo que podré meter un pitón pequeño».

Lo colocó, sujetó su estribo y cuerda, y me gritó de nuevo pidiendo tensión.

—«Prepárate por si caigo. Cargo todo mi peso sobre este pitoncito».

—Ya te aseguro.

Pero suponía un gran esfuerzo. La cuerda me cortaba y mis fuerzas empezaban a flaquear.

—«Es un sitio miserable», dijo; aún fuera de mi vista.

«EL BORDE NOS MIRA AMISTOSAMENTE»

Colocó una clavija, pidió de nuevo que aflojara, y subió en un estribo. Esto era encima del resalte y dentro de la chimenea, entre el «Dedo de la Suerte» y el cuerpo principal de la Torre.

—«Estoy escalando en libre por la chimenea».

Cedí cuerda. Y pasados unos momentos...

—«Estoy en un borde. Suelta el seguro».

—Seguro soltado —respondí, librando la cuerda.

Más abajo nos animaban los Hurley.

—«La roca aquí arriba está limpia y dura», notificó Kor. «El borde nos mira amistosamente».

¡Una jornada de trabajo estimulante! No sabíamos mucho aún acerca de la cima, pero nuestro éxito parecía excelente. Debíamos regresar a Boulder, dejando las cuerdas colgadas, y regresar a los cuatro días, para el asalto final.

El único medio de bajar era haciendo tres rappels consecutivos. Pero no teníamos resaltes donde poder parar, al final de la cuerda. Tuvimos que bajar hasta un pitón-ancla, apoyarnos en una brida y entonces volver a repetir la operación con otro largo de cuerda.

Cuatro días después dimos en Grand Junctión, Colorado, con Barry C. Bishop, fotógrafo de la National Geographic. Este había preparado un viaje aéreo para reconocer la Fisher Towers. Poco después sobrevolábamos el Titán, en una pequeña avioneta.

A vista de pájaro los resaltes de la cima parecían aún más difíciles que desde abajo. La arista Norte del Titán era una increíble hoja de cuchillo tallada en roca. Tanto Kor como yo sentíamos vértigo y mareos.

Al día siguiente subimos provisiones hasta la parte superior del «Dedo de la Suerte». Y a la mañana siguiente, Kor, Hurley y yo nos lanzamos al asalto final, a pesar del tiempo que iba tomando un cariz amenazador.

El viento era verdaderamente molesto, pero, en compensación, nos refrescaba, y no necesitamos beber demasiado de nuestra preciosa agua. Después del «Dedo de la Suerte» subimos un escalón vertical de unos 23 metros de altura y nos encontramos en un estrecho saliente plano de roca rojiza.

Otra travesía nos llevó alrededor del resalte. Aquí tuvimos la primera vista cercana de la cumbre. Parecía presentarse bastante problemático, pero la roca daba la sensación de estar en buenas condiciones.

NOCHE FRÍA EN LA PARED

Unos 9 m. de relativamente fácil escalada nos llevaron a un segundo y estrecho resalte, donde debimos vivaquear. Kor hizo una travesía lateral de unos 4,5 m. en la cara Oeste de la torre cimera y halló una grieta.

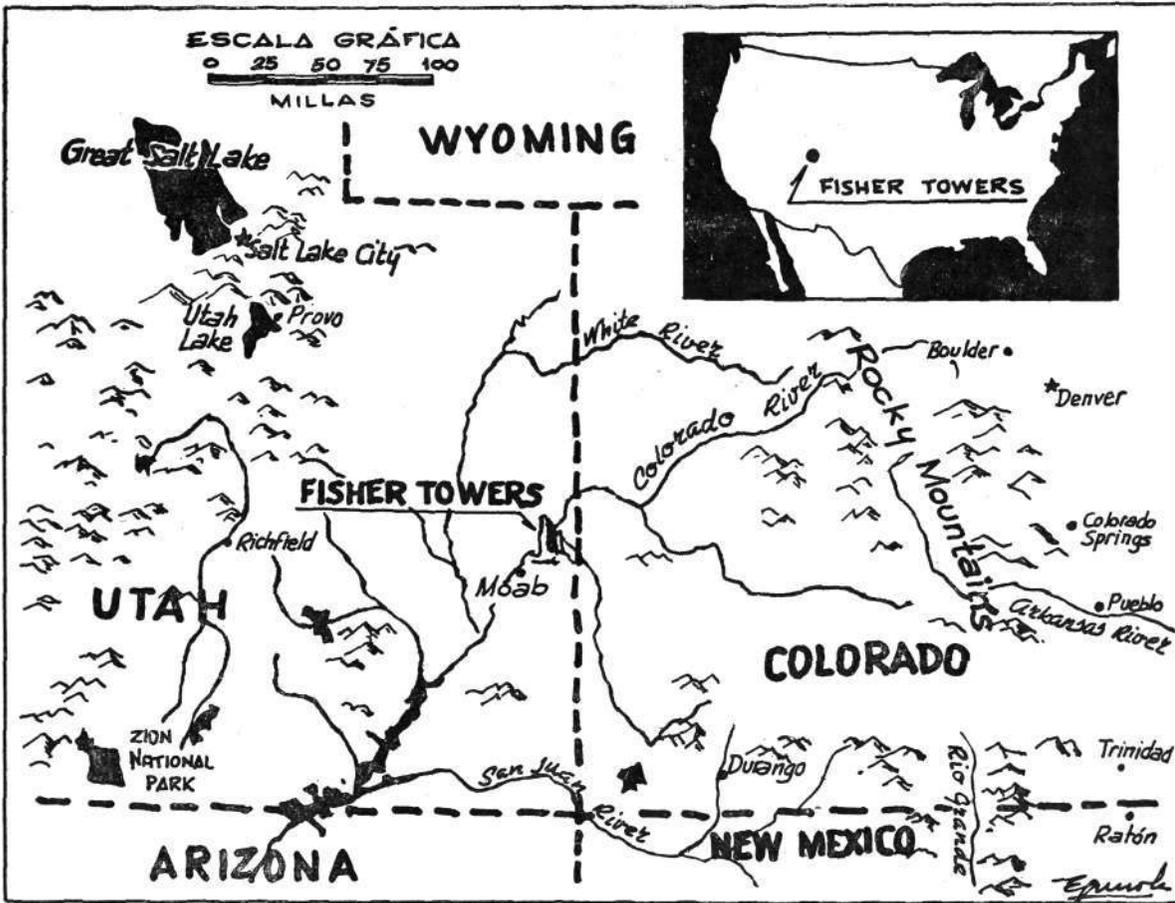
PYRENAICA

Pronto se encontró en un resalte, sin más apoyo que las imponentes paredes verticales. Después de colocar pitones en unos 18 m. colocó un ancla en una estrecha hendidura vertical, y volvió al vivac.

Cenamos queso, nueces y fruta. Seguidamente nos amarramos para dormir. Creció el viento y descendió la temperatura. La noche se hizo un sufrimiento. Los esfuerzos de Kor durante el día le acarrearón calambres en las piernas. Consiguió aliviarse estirándolas al máximo; pero de este modo apretó a Hurley a una posición tan penosa que no le permitió dormir en absoluto. Yo pude dormir a ratos, en el duro anaquel.

Por fin rayó el alba, y pronto empezamos a movernos para entrar en calor.

Kor y Hurley subieron hasta el pitón-ancla, y el primero inició el asalto final a la cumbre. Hurley esperó, apoyado en dos estribos colgados del ancla colocada por Kor. Unos pocos pies más arriba del ancla desarrolló otro sistema de agarres. De este modo pudimos alcanzar la cumbre antes de lo que esperábamos.



A lo largo de la arista vertical, ascendimos como tres escarabajos subiéndolo el ángulo de un campanario. Jústamente entonces, Bishop voló tomando vistas. El piloto, George Huber, se aproximó tanto que podíamos ver la expresión de sus rostros.

Este esfuerzo fue el más agotador de toda la escalada, y el más expuesto. Con pitones y clavijas, metro a metro, Kor venció el último obstáculo: el resalte cimero.

—«¡Un poco más y ya estoy arriba!» —exclamó.

Colocó una clavija final, subió sobre el labio superior del resalte y gritó: «¡Ya estoy!». En ese momento se encontraba en un rellano debajo de la cumbre; pero sería fácil de alcanzarla desde allí.

Sujetó la cuerda de izada y me la echó. De este modo pude subir mientras Hurley retiraba clavijas. Cuando me solté de la clavija y colgué mi peso en la cerda tenía debajo más de 244 m. de aire fino, sin ningún obstáculo por medio.

—¡No me gusta esto! —grité a Hurley, un tanto débilmente.

—«No te lo reprocho», respondió sacudiendo la cabeza con un gesto simpático.

No era postura para continuar por largo tiempo. Apoyándome en la pared con las piernas subí hasta el resalte. Enseguida se nos unió Hurley. Nos felicitamos mutuamente y trepamos un descarnado talud, llegando así a la cima.

Era un lugar extraño y aterrador. Una superficie horizontal, áspera, de desnuda arena color naranja, de unos 21 m. largo, por 12 m. ancho. Su linde era el aire libre. Sobresalía sobre el cuerpo de la Torre que se precipita en sucesivas combas, en el suelo del desierto distante.

A unos 6 m. debajo de nosotros se agarraba a la roca un solitario y duro arbusto con una única flor blanca, que crecía incongruentemente en una especie de anaquel.

A nuestro alrededor se extendían las montañas de La Sal, Fisher Valley, Fisher Towers, Castle Rock y el tortuoso trazo embarrado del río Colorado.

Y llegó uno de los cometidos más peligrosos: el descenso. Hurley tomó la cabeza. Hizo un rappel en la escarpada pared, teniendo un vacío de 275 m. bajo sus pies. Cerca del final de su cuerda hizo un balanceo pendular encima del ancla. Allí colgó un par de estribos, amarró su cuerda, pasó a la siguiente cuerda bajo el ancla, y continuó el rappel hasta alcanzar el resalte donde habíamos vivaqueado. Con varios rappels y otras maniobras que requirieron toda nuestra experiencia, atención y serenidad pudimos juntarnos. Finalmente, para acelerar el descenso, metimos todo lo que no fuera imprescindible en nuestro saco más viejo y lo soltamos, cuando faltaban más de 183 m. y se estrellaron contra un talud arenoso.

Desde aquel punto nos movimos con ligereza, pero con cuidado al mismo tiempo, hasta alcanzar la base, donde nos esperaban Bishop y Jean.

Mirando hacia arriba, viendo el terrible espolón del Titán, costaba creer que acabábamos de escalarlo.